

# ENTREVISTA A JOSÉ AUGUSTO PÁDUA

## 25 AÑOS DE ECOLOGISMO EN EL BRASIL

Joan Martínez Alier



*José Augusto Pádua, activista ecológico, historiador, miembro del consejo asesor internacional de «Ecología Política» (Río de Janeiro, abril 1996).<sup>1</sup>*

JMA. —Hace poco ustedes conmemora-

ron en Brasil los 25 años del movimiento ecologista. ¿Cómo los celebraron?

JAP. —Realizamos un gran encuentro en Brasilia reuniendo diferentes tendencias y generaciones del movimiento ecológico brasi-

<sup>1</sup> Dirección de correo electrónico: < padua@ax.apc.org >

leño. Fue un momento riquísimo de evaluación colectiva. Hicimos un análisis de nuestra trayectoria pasada y de los dilemas y posibilidades de hoy. El año 1971 se considera el año inicial debido al surgimiento de la Asociación Gaúcha de Protección al Ambiente Natural, AGAPAN, en la ciudad de Porto Alegre. Antes existieron algunos grupos y algunas iniciativas de conservación de la naturaleza pero AGAPAN fue la primera entidad que adoptó una posición ecologista más amplia y una estrategia de confrontación pública. Su fundador fue José Lutzenberger, que adoptó un discurso fuerte y radical, lo que tuvo una repercusión notable a escala nacional pues estábamos en plena dictadura militar (que gobernó el país desde 1964 a 1984). Cualquier manifestación pública de protesta era muy arriesgada, pero eso no quiere decir que la sociedad brasileña fuera pasiva. Al contrario, los años setenta fueron años de mucha movilización y creatividad social. El Brasil tuvo un proceso intenso y brutal de urbanización e industrialización, el porcentaje de población urbana pasó de 31 por ciento en 1940 a 67 por ciento en 1980. Eso produjo graves desequilibrios sociales y ambientales, que se notaban en todas partes. Además, paradójicamente, en esos años de régimen militar hubo un claro proceso de apertura en las costumbres, por ejemplo en lo referente al comportamiento sexual en la clase media, y se dio una efervescencia cultural expresada en una fuerte contracultura y vanguardismo artístico. Al estar cerrada la participación en partidos políticos de izquierda, las actividades de protesta y movilización buscaron canales alternativos y la Iglesia Católica que estaba entonces hegemonizada por la Teología de la Liberación, fue un canal principal. Surgieron cerca de 200.000 comunidades eclesiales de base, donde se combinaba la lectura de la Biblia con la protesta social. Surgieron también innumerables asociaciones de moradores de barrios y favelas, organizaciones comunitarias, feministas, étnicas y muchas otras. También en las fábricas comenzó a gestarse el llamado «nuevo sindicalismo»,

enfocado a la democracia directa y a la organización desde la base. Ese sindicalismo llevó a la explosión de huelgas de 1978 en el estado de Sao Paulo, un factor fundamental en la caída del régimen militar. Fue exactamente en este contexto donde se fue desarrollando el movimiento ecológico en el Brasil.

JMA. —Pero no fue un movimiento único, sino con distintas ramas, no es así?

JAP. —Yo pienso que el movimiento ecológico, a partir de mediados de los años 1970, se desarrolla intensamente en tres sectores. En primer lugar, los grupos ecológicos urbanos, con una base de clase media, que se movilizan contra la degradación del ambiente en las ciudades o en defensa de un determinado río, de un área verde... Pero muchos de esos grupos se organizaban también en torno a cuestiones más amplias. Por ejemplo, en 1978 nacieron decenas de grupos en defensa de la Amazonía, no solo en las capitales sino también en ciudades pequeñas del interior. Un segundo sector fue formado por comunidades rurales alternativas que se establecieron en el campo con el objetivo de vivir integralmente sus utopías. Fue un movimiento considerable que ayudó a animar muchísimas luchas ecologistas en el interior del país. En tercer lugar, se dio el desarrollo del «ecologismo popular», que es probablemente la expresión del ecologismo brasileño más conocida en el extranjero. La explosión de problemas ambientales en el país que afectó especialmente a las capas más pobres de la población llevó a que muchas asociaciones comunitarias y sindicatos, en los campos y en las ciudades, participasen directamente en luchas ecologistas. Y también muchas poblaciones tradicionales, ligadas directamente a la naturaleza para su reproducción social, se tuvieron que movilizar contra la expansión brutal y depredatoria de las relaciones capitalistas contra su propio espacio vital. El símbolo mayor de este fenómeno fue obviamente Chico Mendes y el movimiento de los seringueiros.<sup>2</sup>

JMA. —Así pues, ¿tú crees útil la idea de un «ecologismo de los pobres»? ¿Qué ha

<sup>2</sup> Ver la entrevista con Chico Mendes realizada poco antes de su asesinato en 1988, traducida en *Ecolo-*

quedado del movimiento de Chico Mendes y de las «reservas extractivistas»?

JAP. —Esa idea del «ecologismo popular» es fundamental, pero es necesario adoptar un cierto rigor teórico para evitar generalizaciones fáciles, pues no todo el movimiento popular es ecologista, aunque luche en torno al uso de recursos naturales. Por ejemplo, el movimiento por la tierra no es necesariamente ecologista. Para ser ecologista, el movimiento popular debe ser portador de una sensibilidad no destructiva en relación al medio natural. Ya sea una sensibilidad que existía tradicionalmente y que es agredida por la llegada de relaciones sociales de mercado, o una sensibilidad que se va construyendo o perfeccionando en el curso de una determinada lucha social. El ecologismo popular se torna especialmente rico cuando se torna propositivo, y no solo defensivo, cuando formula un proyecto de cambio social que unifique la defensa de los intereses populares por la mejoría de las condiciones de vida con los imperativos de la sustentabilidad y de la calidad ecológica. El movimiento de los seringueiros es modélico en este sentido. Al empezar, a mediados de los años setenta, las comunidades de seringueiros del Acre reaccionaron contra la deforestación que amenazaba su principal medio de supervivencia, el bosque. Más tarde, cuando fundaron el Consejo Nacional de Seringueiros en 1984, la posición ya era distinta. No se trataba de mantener el modo de vida tradicional, que por cierto es extremadamente miserable, sino de buscar una vida nueva, donde la actividad extractiva lleve a un nuevo escalón de liberación colectiva y de sustentabilidad ecológica. La idea de «reserva extractivista» es seguramente la propuesta más innovadora de área protegida en los últimos años, y nació desde abajo. La tesis de que las propias comunidades nativas pueden proteger un ecosistema, al mismo tiempo que viven del uso sostenible de sus frutos, tiene verdaderamente un alcance universal. Y lo más importante es que esa propuesta está siendo construida en la práctica, y que la muerte de Chico no fue, pues, en vano. Yo considero ese movimiento más fuerte ahora que en 1988, porque en aquel momento era solo una idea y ahora es una realidad. Después del asesinato de Chico y

a causa de la repercusión del mismo, fueron demarcadas cerca de dos millones de hectáreas de reservas extractivistas en la Amazonía, bajo control del Consejo Nacional de Seringueiros. En esas áreas se están realizando muchas experiencias sociales de gran valor. En la reserva extractivista «Chico Mendes» en el Acre, por ejemplo, que tiene 900.000 hectáreas, las comunidades han creado 50 escuelas, 20 puestos de atención sanitaria, una fábrica cooperativa para comercializar castaña de Pará, muchas plantíos agroforestales, etc. Es verdad que el precio del caucho cayó mucho, lo que hizo que muchos seringueiros emigraran a las ciudades, pero con el tiempo las comunidades están aprendiendo a concentrarse en productos más rentables como la castaña de Pará que se tornó la estrella económica de las reservas. Está claro que el proceso fue difícil pero el hecho esencial es que las comunidades han conseguido mejorar sus condiciones de vida sin destruir el bosque. Hay algunas críticas economicistas e injustas en el sentido de que las reservas no generan mucha «renta», pero ¿cuántos son los millones de hectáreas de latifundios improductivos en Brasil? Por otro lado, ¿cuál es el valor del bosque que no fue destruido? Obviamente, la renta producida por la extracción sostenible de productos del bosque no puede ser comparada con la renta producida por la extracción insostenible de minerales. Para comunidades que antes vivían en la miseria, esa renta obtenida en las reservas representa una mejora considerable en su nivel de vida; además, con el beneficio incalculable de no destruir el bosque. Ni la ganadería ni tampoco la industria maderera generan mucha renta, a no ser las de tipo predatorio, y siempre son unos pocos quienes concentran la renta en sus manos. Es paradójico que el bosque tropical, tan enormemente rico desde el punto de vista ecológico, no sea una gran fuente de «renta», a no ser en el futuro a través de la biotecnología que presenta otros tipos de problemas. Considerando todos esos hechos, las reservas son muy viables, y además surgen otras posibilidades económicas. Por ejemplo, hay un gran potencial de aprovechamiento de castaña de Pará para la alimentación infantil en las escuelas; varias alcaldías del PT ya están adoptando esta al-

ternativa. Este uso local, dentro de Brasil, me parece más adecuado e inteligente que el llamado «comercio internacional justo».

JMA. —A pesar de tu intervención en el ecologismo brasileño desde hace tiempo, tú mismo eres demasiado joven para tener ya 25 años de ecologismo a tus espaldas. Cuándo te incorporaste, ¿qué trayectoria has seguido hasta tu reciente actividad en los últimos años en Greenpeace?

JAP. — Yo me uní al movimiento ecológico hacia 1974, con 15 años de edad. Una parte de la juventud de clase media de mi generación maduró precozmente debido a la dictadura militar, mientras otra parte vivía el sueño consumista del entonces llamado «milagro económico». Yo mismo soy producto del conjunto de procesos que antes te expliqué. Mi primera aproximación a la sensibilidad ecologista fue a través de la contracultura y por la desconfianza radical ante el modelo de sociedad que estaba siendo impuesto al Brasil en aquellos años, tanto en el aspecto del consumismo como en el del autoritarismo. Esa sensibilidad contracultural hizo que yo no me aproximara de los grupos leninistas clandestinos que entonces promovían la lucha armada. Preferí participar de las campañas públicas que los estudiantes entonces promovían contra la dictadura y a favor de la amnistía y de los derechos humanos. A pesar de haber estudiado bastante el marxismo, yo me sentía más próximo del socialismo libertario, identificándome cada vez más con el ideal de una transformación radicalmente democrática, participativa y descentralizada. Desde ahí al ecologismo había un corto paso: Ayudé a crear los primeros grupos que surgieron en Rio de Janeiro. Participé también en las grandes campañas en defensa de los bosques atlánticos en el estado vecino de Espírito Santo, lideradas por un científico y activista inolvidable, Augusto Ruschi. En 1978 fui secretario del Comité de Defensa de la Amazonía. También actué en la creación de una cooperativa que existe hasta hoy, la Coonatura, que promueve los lazos directos entre los campesinos y los consumidores urbanos interesados en productos sin agrotóxicos. A

mediados de los años ochenta participé de la dirección del Partido Verde que estaba siendo gestado y conocí a Chico Mendes, aproximándome al movimiento de solidaridad con los pueblos del bosque. Paralelamente al activismo voluntario me dediqué a la investigación y a la enseñanza sobre ecología social. Hice estudios de postgraduación en Ciencia Política y me hice profesor de la Universidad Católica de Río de Janeiro, publiqué libros y artículos, trabajé como investigador en varios proyectos, especialmente en el Instituto Brasileiro de Análises Sociais (IBASE).<sup>3</sup> Desde 1990 hasta ahora, he estado involucrado sobre todo en el proyecto de creación de Greenpeace en América latina trabajando como coordinador de la campaña de bosques y de biodiversidad. Fue una experiencia nueva, eso de juntar el activismo y la vida profesional. Hasta entonces, ambas cosas caminaban separadas, unidas solamente por el vínculo constante con la problemática ambiental. La posibilidad misma de esta fusión dice algo sobre la realidad del movimiento en el Brasil en los años noventa, bien diversa de los años heroicos de dos décadas atrás.

JMA. —Y en ese movimiento ecologista brasileño actual, qué corrientes existen?

JAP. —No es fácil clasificar el movimiento ecológico de un país grande, complejo y contradictorio como el Brasil. Internacionalmente, algunos autores de ciencias sociales, entre lo que me incluyo, encuentran útil la distinción entre Conservacionismo, Ecologismo y Ambientalismo. El conservacionismo se preocupa exclusivamente de la conservación del medio natural, sin cuestionarse la organización de la vida social. El ecologismo considera que la sostenibilidad ecológica auténtica implica un cambio profundo en la visión del mundo y en las relaciones socioeconómicas dominantes en las sociedades urbano-industriales. Y el ambientalismo se caracteriza por adoptar una posición moderada y pragmática, argumentando que los cambios sociales necesarios para alcanzar la sostenibilidad no necesitan ser radicales, pueden ser nuevos procedimientos

<sup>3</sup> Ver por ejemplo J.A. Pádua, org., *Ecologia e Po-*

*litica no Brasil*, IUPERJ, Rio de Janeiro, 1987.

tecnológicos y administrativos o económicos. Esta clasificación me parece interesante para encuadrar teóricamente los diversos grupos; pero no puede ser aplicada rigidamente, especialmente en un universo tan grande como el brasileño. Una investigación de 1992 indicó la existencia de 1533 entidades directamente vinculadas a la cuestión ambiental en el país. Si tomamos en cuenta la vinculación indirecta, el universo es mucho mayor, y en un universo tan grande las relaciones son muy fluidas y maleables. Tomemos el caso del ecologismo popular. Sería necesaria una gran investigación para identificar todos los sindicatos, asociaciones comunitarias, comunidades de base, que se están preocupando por la cuestión ecológica y que incorporan el ecologismo en su proyecto alternativo de sociedad. Además existen una serie de ONG que fueron creadas en los años setenta no para trabajar con la ecología sino para promover el desarrollo social y asesorar a grupos populares. En la medida en que la ecología se convirtió en una cuestión para los grupos populares, muchas de estas ONG pasaron a realizar trabajos relacionados con el ecologismo. Es el caso de entidades como FASE, IBASE, ISER y muchas otras. Algunas de estas ONG no se limitaron a reaccionar al problema ecológico sino que actuaron para influir en los sectores populares acerca de la importancia de la perspectiva ecológica. Fue el caso de la red AS-PTA, creada para difundir la agroecología entre los campesinos pequeños y en los asentamientos de la reforma agraria. En sentido general, puede decirse que este universo de grupos populares o de asesoría popular adopta una posición ecologista, incluso eco-socialista, pero muchas veces lo que está en juego no es una determinada terminología ideológica sino una tarea pragmática de mejorar la calidad de vida de las poblaciones pobres de forma sostenible. También en los grupos urbanos hay mucha variedad. Algunos se identifican con un problema bien localizado, otros se preocupan del conjunto de los problemas ecológicos de una ciudad, de un estado, o de un ecosistema, como en el caso de los grupos de defensa de la Amazonía, del Bosque Atlántico, o del Pantanal. Algunos grupos se identifican ideológicamente con el ecologismo, a través de una

fundamentación teórica más profunda, mientras otros adoptan una posición meramente pragmática y hasta empresarial, de defensa del «medio ambiente». La mayoría de grupos se compone de voluntarios pero algunos adoptaron una profesionalización limitada y unos pocos una plena profesionalización. En este último caso tenemos principalmente a los grupos conservacionistas estrictos, que reciben mucho apoyo de los recursos internacionales disponibles para la conservación de la biodiversidad y de la vida silvestre en el Brasil. Es importante mencionar que a finales de los años 1980 se empiezan a establecer en Brasil representaciones de los grandes grupos internacionales, como Amigos de la Tierra, Greenpeace, WWF, Conservation International, The Nature Conservancy, etc. Esos grupos adoptaron formas más o menos intensas de asociación con grupos de origen nacional. Por fin, debemos también considerar todo el universo de la llamada «escena alternativa», con sus comunidades rurales, cooperativas, restaurantes naturistas, etc. En fin, un cuadro muy amplio que aún no fue suficientemente mapeado. En cualquier caso, el conjunto de esos grupos de distintas naturalezas y tendencias encontró un espacio común de convivencia en el «Forum Brasileiro de ONG e Movimentos Sociais para o Ambiente e de Desenvolvimento» que fue creado en 1992 y hoy tiene unos 1180 grupos.

JMA. —¿Puedo insistir en la idea del «ecologismo de los pobres»? Existen otros sectores populares en Brasil que pueden seguir una trayectoria semejante a la de los «seringueiros»?

JAP. —Sin duda existen, y el propio Consejo Nacional de Seringueiros lo percibe, por eso cambió su nombre a Consejo Nacional de Seringueiros y de los Trabajadores Extractivistas de la Amazonía. Mantiene la sigla CNS pero está abierto a otros sectores, como pescadores, pequeños campesinos, *castanheiros*, *quebradeiras de coco*... Ha diseminado el ecologismo popular entre esos grupos. Veo un gran potencial entre las *quebradeiras de coco babaçu* de Maranhao y de Pará que se están organizando para impedir la destrucción de las extensiones de palmera babaçu sustituidas por monocultivos de eucaliptos para la fabricación de celulo-

sa. La sensibilidad ecologista de las líderes de este movimiento, generalmente formadas por la teología de la liberación, es muy grande. Las reservas extractivistas podrían ser una buena opción para las *quebradeiras*. Ya fueron creadas tres pequeñas reservas, pero no se consolidaron, por errores jurídicos. Otros movimientos importantes han crecido, como el Movimiento Nacional de Pescadores Artesanales (MONAPE) y también las fuertes iniciativas de la población rural afectada por la construcción de represas (*atingidos pelas barragens*). Hay también un gran potencial en la conversión de los pequeños agricultores hacia la agricultura ecológica. Diversos sindicatos de trabajadores rurales están viendo que ésta es una gran opción ecológica y económica para los campesinos, que los libera de la esclavitud de la agroquímica y que mantiene la sustentabilidad de sus suelos. Ese movimiento es especialmente fuerte en Rio Grande do Sul, donde existe un gran número de pequeñas propiedades y una influencia tradicional de la teología de la liberación sobre los campesinos. Se puede probar en aquel Estado que la agroecología puede mejorar considerablemente las condiciones de vida de los pobres. Incluso en el sur de la Amazonía, donde la inmigración masiva y artificialmente inducida de colonos ayudó a destruir el bosque, crece también ese movimiento. En la ciudad de Marabá un conjunto de sindicatos en cooperación con la Universidad de Pará creó el Centro Agroecológico de Tocantins-Araguaia que ayuda a la conversión agroecológica de muchas pequeñas propiedades. Los propios colonos que fueron abandonados a su suerte en la Amazonía empiezan a darse cuenta de que los fracasos iniciales de la agricultura se debieron en parte al uso de técnicas inapropiadas e insostenibles. La agroecología campesina puede dar un salto cualitativo y cuantitativo en el futuro próximo si consigue influir sobre el Movimiento de Trabajadores Sin Tierra de manera que se una la lucha por la reforma agraria con la lucha por la agricultura ecológica.

JMA. —Entrando en este asunto, ¿puedes explicarnos el Movimiento de los Sin Tierra? ¿Cuánta gente participa, cómo se organizan? Es un movimiento agroecologista o más bien es un movimiento todavía «pro-

ductivista»? Podrá sobrevivir contra la violencia en el campo?

JAP. — Yo veo el MST como una herencia directa de las comunidades eclesiales de base, la mayor parte de las cuales estaba en el campo, y de la efervescencia social de los años setenta. A partir de aquel caldo de cultivo se formaron la mayor parte de los líderes de este movimiento, que es el movimiento social brasileño más importante en la actualidad. Esos líderes se dieron cuenta de la enorme dificultad de la lucha que tenían por delante y entendieron que su única posibilidad de triunfo era conseguir una organización primorosa. Tuvieron la paciencia de prepararse dos décadas para realizar lo que pretendían. En este sentido, solo en este sentido, veo un paralelo con el Zapatismo en Chiapas, que también tiene una fuerte influencia de la teología de la liberación y que se preparó mucho tiempo para alcanzar el grado de organización que hoy tiene. Ahora bien, el MST no tiene ninguna relación con la lucha armada, responde a una iniciativa radical de comunidades organizadas, que invaden tierras, pues el MST nace contra la realidad inicua y absurda del campo brasileño, donde el uno por ciento de los propietarios tiene el 46 por ciento de las tierras agrícolas, la mayoría de las cuales no producen nada. De otro lado, el crecimiento de la agroindustria (de caña de azúcar, de soja...) expulsó a grandes masas de campesinos para las ciudades donde aumentaron el contingente de favelados urbanos. Esa concentración de la propiedad hace que exista una población de 4,8 millones de familias, unos 12 millones de personas que quieren trabajar la tierra y no tienen tierra. Ante ese panorama, la estrategia del MST es forzar una reforma agraria a través de invasiones bien organizadas de latifundios improductivos previamente escogidos. Los latifundios son ocupados por las familias que empiezan inmediatamente a sembrar y a producir, según el lema de «ocupar, resistir y producir». Hoy existen en Brasil unos 168 campamentos de ese tipo, comprendiendo unas 37 mil familias, y su objetivo es que se transformen en asentamientos oficiales de la reforma agraria. Muchas veces la organización de los campamentos continúa en los asentamientos, con la opción de una producción coo-

perativa. Una actividad muy significativa del MST es convocar a las poblaciones pobres de las ciudades para regresar al campo, incluso promoviendo listas de voluntarios en las favelas. Se trata de un movimiento para invertir el enorme éxodo rural de las últimas décadas que, en las palabras de Ignacy Sachs, «transformó en infierno urbano un país que podría ser un paraíso rural».

Las acciones del MST son ahora la gran prueba para ver si realmente la democracia en el Brasil es capaz de curar las heridas del país. En la sociedad en general, cada vez hay más apoyo a la reforma agraria, lo cual refleja la pérdida de importancia de los latifundistas en la economía y en la sociedad. Su poder proviene del pasado, del control que ejercen aún sobre muchos miembros del Parlamento. Pero muchas veces están siendo obligados a aceptar la presencia de los campamentos del MST en sus propias tierras ya que muchos jueces se niegan a expedir órdenes de desocupación, e incluso altos comandos militares han declarado que las reivindicaciones de reforma agraria son justas. El apoyo general crece también por la indignación frente a las matanzas causadas por las policías de algunos Estados que están aún dominadas por los poderosos locales. En este mes de abril hubo la masacre de Eldorado de Carajás en el sur del estado de Pará, cuando la policía abrió fuego contra manifestantes desarmados del MST matando a más de 19 personas, lo que se suma a la masacre de Corumbiara, en Rondonia, en 1995, y a más de 1600 asesinatos de líderes sindicales rurales ocurridos desde 1964. El sistema judicial brasileño ha sido incapaz de llevar a juicio a los autores de esos crímenes, y el clima de impunidad hace aumentar la indignación colectiva.

JMA. —¿El MST combina la lucha por la tierra con la agroecología?

JAP. —En principio esta relación no existe. El objetivo es conquistar la tierra y producir rápidamente. En la mayoría de los asentamientos se utilizan técnicas convencionales, por consejo de agrónomos convencionales. En varios campamentos y asentamientos de reforma agraria, sin embargo, por influencia de otros agrónomos que asesoran al movimiento, hay experiencias en el uso de métodos de agricultura or-

gánica. No existe una doctrina agrícola antiecológica entre los Sin Tierra. Todo va a depender del éxito y repercusión de las experiencias agroecológicas y de la capacidad de persuasión de los agroecologistas. La fusión entre ambas luchas podría producir una verdadera revolución en el campo brasileño.

JMA. —Cuando pensamos en luchas ecológicas en el Brasil surgen siempre imágenes de bosques, pero quiero preguntarte sobre los problemas sociales y ecológicos de las grandes y violentas ciudades.

JAP. —El contexto es distinto de otros grandes países del Tercer Mundo como la China o la India porque el Brasil tiene una población de 150 millones de habitantes, con un crecimiento cada vez menor, en un gran territorio de 8,5 millones de kilómetros cuadrados. Es fácil pensar en una distribución equilibrada y no muy densa de la población lo que configuraría una posibilidad de desarrollo ecológicamente apropiado. Es doloroso observar cómo ese potencial ha sido desperdiciado, en primer lugar debido a las características perversas de nuestra herencia histórica, como la concentración enorme de la propiedad de la tierra, y después por una serie de políticas irresponsables y caóticas de industrialización urbana y rural adoptadas sobre todo en los años del régimen militar, que provocaron un gigantesco éxodo rural y la concentración de la población en las grandes ciudades. Para entender la lamentable situación de las megalópolis brasileñas, de sus favelas, *meninos da rua*, contaminación y criminalidad, hemos de darnos cuenta de ese componente estructural, y también de otro componente más específico, ligado a los problemas de gestión urbana. La cuestión estructural es mucho más difícil de resolver.

JMA. —¿Los conflictos por la desigualdad?

JAP. —Eso no siempre se entiende bien, por ejemplo los conservadores piensan que la criminalidad puede resolverse con una gestión policial más dura. Yo pienso que en un país donde el 10 por ciento más rico posee el 47 por ciento de la renta nacional y el 10 por ciento más pobre solamente el 0,7 por ciento, donde 60 millones de personas viven en pobreza extrema y 30 millones por debajo de la línea de miseria, el hecho de que en

las calles exista una especie de guerra civil no puede sorprender. Lo sorprendente es tal vez que la violencia no sea mayor. La ciudad es un espejo de las contradicciones de la sociedad. Ella materializa en el espacio, de forma concentrada, las injusticias e iniquidades sociales. A esas condiciones estructurales hay que sumar una serie de problemas de gestión. La rapidez histórica del proceso de éxodo rural ha llevado a que las ciudades crezcan de forma caótica, ocupando espacios muchas veces impropios desde el punto de vista ambiental, como montañas y manglares. Existe un prejuicio en contra de los pobres, como si ellos fueran los únicos invasores de tales áreas, pero puedes ver acá mismo en las montañas de Rio de Janeiro como el bellissimo bosque tropical urbano de Tijuca está siendo invadido y destruido tanto por favelas como por mansiones y condominios de los ricos, y las áreas de la costa están siendo destruidas sobre todo por la especulación inmobiliaria. Los líderes políticos municipales responden a las transformaciones en la manera alienada tradicional de la élite brasileña, es decir, concentrando las inversiones municipales en las zonas ricas y abandonando las zonas pobres al caos causado por los cambios históricos. La falta de sanidad pública básica es tal vez el principal problema socio-ambiental del Brasil de hoy, porque solo el 34 por ciento de los domicilios tienen alguna forma de conexión al sistema de cloacas. Ante esos componentes estructurales, las experiencias de gestión urbana en el nuevo proceso de democratización, a menudo a cargo de alcaldías del PT, son muy meritorias pero también muy limitadas.

JMA. —Se oye hablar de Curitiba como un modelo, del «presupuesto participativo» de Porto Alegre... Son ciudades relativamente pequeñas, comparadas a Río o Sao Paulo.

JAP. —En Curitiba se trata de mecanismos inteligentes de gestión, y no es casualidad que tengan resultados rápidos en una región como la de Curitiba donde los problemas estructurales son menores y la renta mucho mejor distribuida que en el resto del país. Las experiencias de «presupuesto participativo» del PT, aunque también son limitadas, me parecen más interesantes. Las innovaciones en la gestión urbana adopta-

das en Curitiba son puntuales y tecnocráticas, nacidas de arriba abajo de la cabeza de Jaime Lerner y otros arquitectos. En el caso del presupuesto participativo, es la propia concepción global de la gestión que es modificada y radicalmente democratizada. Básicamente, los gastos municipales en cada barrio son definidos en grandes asambleas públicas, con amplia participación de las comunidades organizadas, hasta llegar a una asamblea general que consolida el presupuesto municipal. Lo más significativo es que a posteriori existe una fiscalización popular permanente sobre cómo son aplicados esos fondos públicos. Es en Porto Alegre, donde el PT gobierna desde hace siete años, donde más se ha desarrollado esta experiencia. El propio alcalde, Tasso Genro, es un importante teórico socialista, que habla del surgimiento de una esfera pública no estatal de gestión, una verdadera disolución del estado burocrático, pero no debemos exagerar el alcance de esa experiencia porque el espacio de acción de un alcalde, incluso si la gestión se democratiza mucho, es muy limitado y muy vulnerable a la política económica global. La escala de la civilización industrial es una escala global, y eso influye en el tamaño de las ciudades. Las ciudades que tienen la escala de Sao Paulo, México o Nueva York, ya han pasado el punto de regreso en términos de gobernabilidad, son irremediabilmente contraproducentes. Es necesario una política estructural para reducir su tamaño, no se trata ya de problemas de simple gestión municipal sino de una política global de sustentabilidad ecológica y justicia social. Hemos de descubrir cómo hacer esta reducción en un contexto democrático. Desde luego la «solución» de Camboya no es buena. Por eso me parece interesante el llamamiento público de los Sin-Tierra en favor de un éxodo urbano voluntario masivo.

JMA. —Volviendo a los 25 años de ecologismo en el Brasil, ¿qué ocurrió con José Lutzenberger cuando dimitió o cesó como ministro de Medio Ambiente en 1992? En qué corriente lo clasificas?

JAP. —En algunos países hemos observado la llegada de ecologistas al poder ejecutivo. Podríamos hacer ya un estudio comparativo, generalmente no han sido ex-

perencias exitosas. El Lutzenberger de los años setenta, el autor del Manifiesto Ecológico Brasileiro de 1976, fue fundamental para formular una crítica radical del modelo «modernizador» impuesto por el régimen militar y para señalar alternativas descentralizadas y sostenibles. Pero al asumir el ministerio en 1990 su posición ya era más moderada y pragmática, próxima de una concepción ambientalista empresarial, al estilo de «debemos adoptar las iniciativas posibles». El mismo se tornó empresario aprovechando sus grandes conocimientos de agricultura ecológica. Además fue alejándose de las bases del movimiento en el Brasil y dedicándose más al debate ecológico internacional. De todas formas, la invitación para ser ministro fue una consecuencia del movimiento ecologista anterior, pero cometió algunos errores políticos graves. No percibió el contrasentido que representaba colaborar con Fernando Collor, entonces presidente del Brasil, un aventurero frívolo que representaba lo peor que existe en el modelo neo-liberal globalizador y que acabó perdiendo la presidencia por corrupción. Collor usó a Lutzenberger para calmar las críticas internacionales contra la destrucción ambiental en el Brasil, especialmente intensas en aquel momento. En segundo lugar Lutzenberger no adoptó la estrategia que podría haber adoptado, de aproximarse a la sociedad civil y a la prensa como forma de conseguir un apoyo político que compensara su aislamiento ideológico en el gobierno. Al contrario, adoptó una postura arrogante e individualista, y esos sectores naturalmente no se sintieron inclinados a defender su permanencia cuando él necesitó su apoyo. El confió demasiado en la fuerza de sus ideas, en la seducción de la teoría de Gaia, sin darse cuenta de que en el gobierno es necesario hacer política con competencia para lograr objetivos, incluso para modificar una máquina estatal corrupta e inerte. Su salida fue una consecuencia natural de sus errores y de la completa incompatibilidad entre sus ideas y las del resto del gobierno. Pero eso no invalida la sinceridad de sus propósitos. Espero que la próxima vez que alguien que venga del movimiento asuma un cargo de este tipo, podamos aprovechar mejor la oportunidad.

JMA. —¿Y por qué fracasó el Partido Verde en el Brasil, si es que fracasó? Tú mismo fuiste militante de los Verdes. ¿Están ahora los Verdes en el Partido de los Trabajadores, de Lula, o dónde están?

JAP. —Yo me considero básicamente un «verde» pues estoy convencido de que la sostenibilidad ecológica solo puede alcanzarse por un cambio profundo en las estructuras socioeconómicas y en las visiones del mundo dominantes en las sociedades modernas. En otras palabras, necesitamos construir propuestas alternativas globales de sociedad y buscar apoyo social para las mismas a través del proceso político. Mi objetivo como intelectual y como ciudadano es participar de esta construcción alternativa, y no solo combatir o ayudar a combatir en casos concretos de degradación ambiental. Pero la necesidad de una política verde amplia no debe ser confundida simplemente con la presencia de partidos verdes. Es cierto que el papel histórico de esos partidos es ya una realidad en la medida en que ayudaron a agrupar en programas unificados ideas y propuestas que estaban circulando en forma dispersa, y ayudaron también a catalizar la presencia del ecologismo en la escena política. Ahora bien, la presencia de partidos verdes no es fundamental en todos los países y contextos. En el caso de Brasil hoy, no creo que un partido verde sea fundamental para el desarrollo de una política verde. No estoy en contra de su existencia, pero no deposito en él las mismas esperanzas que en 1986 a 1988 cuando participé de su dirección. Construir un partido políticamente relevante en un país con el tamaño y las características de Brasil implica un esfuerzo gigantesco. Hace falta una base social muy amplia. El PV apenas ha conseguido mantenerse, sin crecer nacionalmente, a pesar de tener algunos diputados en los estados y por lo menos un diputado federal (el escritor Fernando Gabeira). Sus dirigentes no supieron aprovechar las pocas oportunidades que han tenido para capturar sectores del imaginario social o para dar algún salto cualitativo en su desarrollo. Además, en Brasil, tenemos la existencia de un partido sumamente interesante que es el Partido de los Trabajadores. El Brasil debe mucho al PT, que ya dejó una marca transformadora en la política bra-

sileña, rompiendo con su elitismo secular. Sin el PT no tendríamos una senadora del Acre que viene del movimiento de los seringueiros, Marina Silva, ni una senadora de Rio de Janeiro, Benedita da Silva, que es, como ella misma dice, «mujer, negra y favelada». El PT ayudó en todos los niveles a renovar las dirigencias políticas del país y a colocar a pobres y excluidos en el centro de la vida política. El PT nació en ese contexto de efervescencia de los años setenta, que ya mencioné, como una alternativa de izquierda abierta y esencialmente democrática, una alternativa a los viejos populismos y a los comunismos de la izquierda, nació como desaguadero del nuevo sindicalismo, de las comunidades de base, de los movimientos sociales, y es natural, por tanto, que muchos verdes, incluso la mayoría de los que estaban en el PV, apuesten por la posibilidad de que el PT incorpore en su programa de transformación social algunas de las premisas básicas de la política verde. Pero es también poderosa la presencia de sectores sindicales para los cuales el productivismo es necesario y la ecología no es una cuestión prioritaria. En algunos estados y en algunos sectores del PT, los verdes han tenido más éxito que en otros, pero pienso que hoy en el Brasil, si hay un partido capaz de absorber la política verde y de transformarla en cambios políticos relevantes, ese partido es el PT. Pero no debemos apostar todo a esa alternativa de partido. Creo que los mejores canales para la elaboración acumulativa de una política verde en todas las sociedades son aún los movimientos sociales. Los partidos políticos están en segundo lugar.

JMA. —¿Qué éxitos y fracasos has tenido en la coordinación de la campaña de bosques de Greenpeace? Cómo está la problemática de la Amazonía hoy?

JAP. —Greenpeace se estableció en América Latina a finales de los años ochenta como un proyecto propio dirigido por latinoamericanos, como un Greenpeace adaptado a nuestra realidad. Nuestra propuesta era utilizar la capacidad organizativa y de acción internacional de Greenpeace para hacer un

trabajo ecológico en Latinoamérica que fuera un complemento de los esfuerzos de los movimientos sociales locales. Un complemento, no más. En este objetivo hemos tenido éxito, y todo el proceso ha sido muy rico en experiencias y aprendizajes. También hemos tenido algunos resultados concretos en la lucha contra la degradación ambiental en América latina. Sería muy largo contar todos los casos en una sola entrevista, voy a explicarte solo el caso del bosque amazónico, en la parte del Brasil. Esa campaña es una muestra de cómo podemos utilizar el potencial de Greenpeace en un caso concreto. Al iniciar nuestro trabajo, hicimos la siguiente radiografía del problema. Hasta 1970 apenas 1 por ciento del bosque había sido destruido en siglos de colonización. La economía y la sociedad brasileñas se concentraban en el litoral, lo que llevó a la destrucción casi completa de los bosques atlánticos que existían originalmente, pero no de los bosques amazónicos. En la década de los setenta el régimen militar inició un proceso caótico de ocupación del bosque amazónico, dando subvenciones para todo tipo de actividad económica, independientemente de su calidad social y ambiental. El objetivo geopolítico del régimen militar era poblar la región, crear lo que llamaron «fronteras vivas». Empezó entonces la destrucción, una deforestación de algo así como el 12 por ciento del bosque, unos 43 millones de hectáreas.<sup>4</sup> Una cuestión básica es ahora discutir el futuro de esta área ya deforestada. Económicamente fue un fracaso, ecológicamente un absurdo. No debería abrirse ni una hectárea más de bosque mientras no encontremos un uso sostenible y socialmente justo para esa enorme extensión deforestada. En otras palabras, hay que parar el avance de la frontera destructiva. En la Amazonía, la apertura de carreteras es sinónimo de apertura de la frontera. Sin carreteras es imposible avanzar en el bosque. Con la recesión económica de principios de los años noventa el Estado interrumpió la construcción de carreteras, y el papel de vanguardia de la frontera fue asumido por las empresas

<sup>4</sup> Algo menos que la extensión de Francia o de España.

madereras, especialmente las madereras de caoba, en el sur de la Amazonía. La caoba tiene un precio alto en el mercado internacional y se encuentra muy dispersa en el bosque. Es la única especie cuyo valor monetario compensa que el maderero entre 600 kms. en el bosque para retirar algunos troncos. Con esa dinámica cerca de 3000 kms de carreteras fueron abiertas solo en el sur de Pará, abriendo caminos para la frontera de la destrucción. Iniciamos entonces una campaña contra esas madereras formando una coalición con grupos locales, una «Coalición contra el corte predatorio de madera en la Amazonía». Desde hace muchos años los grupos locales protestaban contra la brutalidad de las acciones de las madereras que invadían áreas indígenas y comunidades extractivistas, y ejercían un fuerte impacto predatorio sobre el bosque. Por cada árbol de caoba cortado, se destruyen otros 27 árboles. Esas protestas no tenían muchos resultados. Con la entrada en escena de Greenpeace fue posible articular esa acción local con una presión junto al mercado inglés de consumo de caoba, el mayor del mundo. Los madereros sintieron esa presión y empezaron a hacer concesiones. Por ejemplo, las grandes madereras de Pará tuvieron que firmar un compromiso en el sentido de no explotar ya más madera en las áreas indígenas. Esa campaña de orientación del consumo va a continuar, también en el mercado español, que es el tercer importador de caoba del mundo.

JMA. —¿Coordinar lo local con lo global? ¿Acabar con la segmentación subordinada de las ONG locales, al vincularlas a campañas globales? ¿Actuar globalmente a partir de experiencias locales?

JAP. —Eso es lo interesante, la posibilidad de trabajar en red uniendo acciones locales e internacionales en una misma campaña. Ese es un punto muy fuerte de Greenpeace y para mí ha sido un gran aprendizaje metodológico. Ahora bien, no quiero exagerar el papel de Greenpeace. Cada grupo tiene sus límites y sus posibilidades. La riqueza del movimiento ecológico está en esa constelación de diferentes grupos, cada uno actuando con su potencial específico, para alcanzar objetivos comunes.

JMA. —Tu trabajo, además del activismo ecológico, está muy concentrado en en-

señar y escribir sobre historia ecológica de América latina y sobre la historia del pensamiento ecologista en el Brasil. ¿Puedes describir ese trabajo? ¿Hubo realmente un pensamiento ecologista, derrotado, en el Brasil ya en el siglo pasado?

JAP. —Estoy escribiendo un libro sobre los orígenes de la ecología política en el Brasil que pretende cuestionar algunos de los vicios eurocéntricos de la historia del pensamiento ecológico. En las principales obras de síntesis sobre esa historia, el Brasil no es apenas mencionado como no sea para hablar del impacto que el paso por estas tierras tuvo en la obra de Darwin, que es considerado con justicia como un precursor. El pensamiento ecológico es visto básicamente como un producto de la cultura europea, con algunas variantes en la América del Norte, como Thoreau y los trascendentalistas. Pero en mis investigaciones descubro que desde principios del siglo XIX existía en el Brasil un pensamiento muy crítico y radical en relación a la destrucción de la naturaleza. Ese pensamiento se caracteriza por ser principalmente político, dirigido a la crítica al colonialismo, al latifundio y a la esclavitud. Esa predominancia de lo político es un dato significativo pues en otros contextos la sensibilidad ecológica se desarrolló primero entre los naturalistas, los filósofos y los artistas. Según esos pensadores políticos brasileños la herencia colonial producía la destrucción de la tierra, la deforestación, el agotamiento de las minas y de las fuentes de agua, etc. La construcción de una nación independiente con la liberación del estado colonial debía implicar una nueva relación con la naturaleza. Por desgracia esos políticos fueron derrotados y la economía del Brasil independiente continuó sobre la misma base predatoria que en la época colonial. Uno de los miembros más importantes de esta tradición, José Bonifacio de Andrada, llegó a profetizar en 1823, que «nuestro bello Brasil» en menos de dos siglos, quedará reducido a desiertos como los de Libia, y llegará ese día fatal en que la naturaleza ultrajada quede vengada de tantos crímenes cometidos». No conozco otros textos de esta época en otras partes del mundo con este tono apocalíptico en relación a la destrucción del medio natural. Eso hace que nos preguntemos el

porqué de que ese pensamiento pasara desapercibido para los historiadores del ecologismo, y cómo fue que una visión tan radical fue desarrollada en un país colonial y periférico. En cuanto a esa segunda pregunta, mi libro trabaja con la hipótesis de que la brutalidad de la explotación colonial, que en el Brasil implicó un uso predatorio directo de la naturaleza, favoreció el surgimiento de esa conciencia ecológica, pero hace falta también escribir la historia ecológica del Brasil, no solo la historia de esas reacciones políticas e intelectuales.

JMA. —¿Una historia de ciclos de exportación de materias primas?

JAP. —Así es, los sucesivos ciclos económicos de la historia del país han sido una historia de procesos sucesivos de uso predatorio de distintos elementos de la naturaleza, como los bosques, los suelos fértiles para el azúcar o el café, las minas de oro y de diamantes, etc. El propio nombre de «Brasil» se refiere al primer elemento de la naturaleza de estas tierras susceptible de ser explotado por el mercantilismo europeo, el árbol llamado *pau-brasil*. Y el nombre de Brasil indica también, irónicamente, nuestro primer desastre ecológico, que fue la casi extinción de esa especie en pocas décadas de explotación. ¡Fíjate, el propio nombre de Brasil es una señal de desastre ecológico! Y esa es la realidad común a toda la América latina, que tuvo sus «venas abiertas», en la fuerte expresión de Eduardo Galeano. Recuperar la historia ecológica de esta región es pues un paso fundamental para conocer y modificar nuestro destino histórico.

JMA. —Brasil tiene ahora un sociólogo, un intelectual, de presidente, Fernando Henrique Cardoso, conocido de gente como tú o como yo. Si él quisiera, podría aprender la teoría del ecologismo en un fin de semana. Podría ponerse a teorizar él mismo sobre «intercambio ecológicamente desigual», sobre la exportación que el Brasil hace de «espacio ambiental», sobre la «deuda ecológica»... América latina ha sido ecológicamente expoliada. ¿Por qué no hubo una «teoría de la dependencia» que incluyera aspectos ecológicos?Cuál es la línea básica del gobierno de Fernando Henrique Cardoso?

JAP. —No hay duda que la elección de Fernando Henrique Cardoso fue también,

en cierta forma, una consecuencia del proceso histórico de democratización de la sociedad brasileña, contra el régimen militar, al cual que me he referido antes. Para alguien de mi generación, el simple hecho de tener que escoger entre Lula y Cardoso en el segundo turno de una elección presidencial como ocurrió en 1994, fue algo asombroso, ambos habían sido líderes de izquierda en la lucha por la democracia. Es verdad que la derecha apoyó a Cardoso contra Lula pero, como dijo Cardoso, lo hizo por falta de opciones propias. Él conservadurismo tiene un espacio reducido en la política brasileña en los próximos años, pero no podemos olvidar que la historia tiene muchas ironías y el conservadurismo tiene muchas astucias. De hecho, el Cardoso que llegó al poder es un político pragmático, hoy está lleno de eso que él llama la «pasión por lo posible». Eso es una gran trampa. Para superar siglos de orden elitista y excluyente en el Brasil es necesario algo más que la pasión por lo posible, especialmente porque el campo natural de lo posible hoy es la globalización, el neoliberalismo. Cardoso consiguió cuando fue ministro de economía montar una estrategia muy inteligente de estabilización y de fin de la inflación, y el éxito de esta política le permitió derrotar a Lula, que era gran favorito en las encuestas. Para que continúe el programa de estabilización, en el esquema que se aplica, hay una necesidad imperiosa de que llegue capital internacional, para el que hay que asegurar condiciones favorables: esa política de favorecer el capital internacional es la política casi única del gobierno de Cardoso. Prácticamente todo lo demás, incluso los urgentísimos problemas sociales y ambientales, ha sido dejado de lado, o se enfrenta de una manera convencional, sin ninguna osadía. Ningún programa ambicioso de reforma agraria, por ejemplo, por lo menos hasta ahora. Hay un chiste que dice que Cardoso es un sociólogo privilegiado pues fue capaz de crear la «teoría de la dependencia» y, después, como presidente, ha podido demostrar empíricamente que el país es dependiente, confirmando su propia teoría... El Cardoso del pasado era un crítico de la dependencia e inclusive conocía muy bien su dimensión ecológica. En 1980 publicó un artículo titulado «Perspectivas de de-

sarrollo y medio ambiente en Brasil<sup>5</sup>» que no le permite alegar ignorancia en temas ambientales. Pero aún es pronto para juzgar plenamente su gobierno. En muchos aspectos es positiva su presencia y la del Partido de la Social Democracia Brasileña en el centro del poder, especialmente en comparación con los viejos políticos conservadores que dominaban tradicionalmente la política federal. Pero tiene una gran oportunidad histórica, y hasta ahora su posición, no frente a los desastres del pasado sino frente a los desafíos del presente y del futuro, ha sido extremadamente tímida. Ese no sería el primer caso de un gobernante socialista encerrado en la prisión de lo «posible».

JMA. —A lo largo de esta entrevista, te has referido a la fuerte presencia de una parte de la Iglesia Católica en los movimientos sociales populares. ¿Qué quedó de la Teología de la Liberación? A Leonardo Boff, que sé que es amigo tuyo y por quien sientes admiración, lo expulsaron de la Iglesia. ¿Ahora es ecologista? ¿Tú no crees que la Iglesia Católica es antropocéntrica, poblacionista y antifeminista, y por tanto no puede ser ecologista?

JAP. —Yo siempre digo que todos los sectores de la sociedad brasileña que trabajan por la justicia y por una real democratización del país tienen una deuda impagable con la Teología de la Liberación. Esa deuda, pienso, es tanto práctica como teórica, aunque este segundo aspecto es más discutible. En el aspecto práctico es discutible que fue el estímulo y la fuerza de la Iglesia, hegemónica en los años setenta por la Teología de la Liberación, lo que sirvió de escudo y fermento para casi todos los movimientos populares que hoy ocupan la escena política. Fue en la pedagogía de la Iglesia de la liberación donde se formó la mayoría de la dirigencia popular de los sindicatos de trabajadores rurales, del Movimiento de los Sin Tierra, de los seringueiros, de los indios, de las asociaciones de favelas. La propia existencia y crecimiento del PT en las diversas regiones del país dependió mucho de la participación de sectores de la Iglesia. En los

lugares más miserables, abandonados y remotos del país, cuando se encontraba algún abogado defendiendo los derechos humanos, generalmente estaba ligado a la Iglesia. Eso todavía es la situación actual, especialmente en la Amazonía. Cuando se encuentra un líder o una líder de origen extremadamente pobre asumiendo su lugar en la práctica política colectiva, seguro que aprendió a expresarse y a defender los derechos de su comunidad a través de la pedagogía de la liberación. Curiosamente, en los años ochenta, la Iglesia brasileña, por influencia de los vientos conservadores en el Vaticano, abandonó esta herencia de la Teología de la Liberación, pero los dirigentes y movimientos que habían sido formados con su apoyo siguieron una vida propia y se autonomizaron cada vez más. Ese hecho es positivo y seguramente hubiera ocurrido sin el viraje conservador de la Iglesia, pues con el final del régimen militar y la libertad de organización, el escudo de la Iglesia ya no era decisivo. Pero la Teología de la Liberación no dejó de existir; continua siendo muy influyente sobre algunos sectores de la Iglesia, especialmente en la periferia del país.

JMA. —Y en la teoría de la Teología de la Liberación, si se puede decir así, ¿qué hay de común con el ecologismo popular?

JAP. —La herencia teórica de la Teología de la Liberación es muy importante, no solo hay que ver la Teología de la Liberación como inspiradora de las organizaciones populares, sino que la Teología de la Liberación dio un contenido humanista y poético a la izquierda brasileña, y en el campo del ecologismo ese contenido poético es esencial. La decisión de respetar los derechos de las generaciones futuras y de las otras especies no puede ser justificada solamente con argumentos utilitarios. Si hablamos de biodiversidad, el argumento utilitario puede justificar la preservación de algunas especies útiles a los humanos, pero muchas otras aparentemente no tienen mucha «utilidad». Como dice Gregory Bateson, la esencia del pensamiento ecológico está en la noción de unidad e interdependencia de la vida. Tra-

<sup>5</sup> En los volúmenes editados por Nicolo Gligo y Oswald Sunkel, *Estilos de desarrollo y medio ambiente*

*en América latina*, de la CEPAL, Fondo de Cultura Económica, 1980.

dicionalmente, han sido las religiones y el misticismo los que expresan mejor la poética y la simbología del sentimiento de unidad y de fraternidad. Solamente este hecho ya explica por qué los ecologistas hemos de prestar mucha atención a la religión. Mi argumento es que es necesario encontrar razones suprautilitarias para defender la vida. Si esas razones pueden venir del campo de la religión o de algún otro campo, es una respuesta que cada uno debe dar.

JMA. —¿Y Leonardo Boff?

JAP. —La obra de Leonardo Boff es probablemente la elaboración teórica brasileña más sofisticada de la Teología de la Liberación, y presenta muchas formulaciones de gran rigor y de gran belleza. Un concepto clave es el del «pecado social». Según la Teología de la Liberación, el pecado no es solo algo individual, sino que es principalmente colectivo. El individuo no puede ser considerado como éticamente aislado del cuerpo social. Si alguien vive en una sociedad donde no se respetan los derechos humanos ni la justicia social —y todos vivimos en este mundo— está viviendo en una situación de pecado, de la cual solo se liberará con la liberación colectiva. Esta imagen poético-religiosa es una poderosa idea-fuerza en favor de la solidaridad. Por tanto, para juzgar la calidad ética de esta sociedad hay que partir de la situación de los pequeños, de los

pobres, de los excluidos. Es a partir de esa situación que una sociedad debe ser juzgada; de ahí la opción por los pobres. En los últimos cuatro libros de Boff, todos ellos dedicados al ecologismo, especialmente en el último y más completo, titulado *Ecología, grito da terra e grito dos pobres*, él amplía ese concepto anterior del «pecado social» y muestra que la calidad ética de una sociedad viene dada no solo por la justicia entre los humanos sino también por la justicia en relación con la tierra y las otras especies. Él dice que los más pobres entre los pobres son los seres de la naturaleza, constantemente excluidos y humillados. Se abre entonces una perspectiva político-poética de una fraternidad cósmica, de una justicia ecológica dentro y fuera de la humanidad. Es claro que ésa no es la misma visión de la Iglesia, que siempre fue antropocéntrica, pero Boff parte de aspectos no dominantes del cristianismo, especialmente de la tradición franciscana, para elaborar un nuevo tipo de cristianismo liberador y ecologizado. Su expulsión de la Iglesia se dio justamente por defender que el carisma de la tradición cristiana no podía quedar preso del poder de la jerarquía eclesiástica. El futuro nos dirá cuál será el uso social de esa nueva teología verde de la liberación, dentro y fuera de la Iglesia, pero su riqueza teórica es ya una realidad.



Cal fer  
**propostes innovadores**  
per **repensar**  
la **societat**

ASSOCIACIÓ

**eco**

concern



INNOVACIÓ SOCIAL

## Programa 1995-1996

Inclou les activitats de **SINERGIA** que es realitzen a:  
PROCES D'INNOVACIÓ SOCIAL

Pça Catalunya, 9, 4rt - 08002 BARCELONA

Tel. (93) 317 81 21 - Fax (93) 317 26 91

CORREU ELECTRÒNIC: [ecoconcern@servicom.es](mailto:ecoconcern@servicom.es)